

EL CHICO PÁJARO Y OTROS CUENTOS

Rafael González Millán

Rafael González Millán

EL CHICO PÁJARO Y OTROS CUENTOS

EDICIONES DOCE CALLES

1^a Edición:

Diseño de Portada:

Fotografía: Sandra Konta

Belén Serrano

Ilustraciones: Rocío González Casado

© de los textos: Rafael González Millán

© de la presente edición:

Ediciones Doce Calles S.L.

Apdo. 270 Aranjuez. 28300 (Madrid)

Tel.: (+34) 91 892 22 34

docecalles@docecalles.com

ISBN: 978-84-9744-262-6

Depósito legal: M-26515-2019

Impreso en España

Queda prohibida, salvo excepciones previstas en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados pueden ser constitutivas de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y siguientes del Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos (www.cedro.org) vela por el respeto de los citados derechos. Diríjase a este organismo si necesita fotocopiar algún fragmento de esta obra.

ÍNDICE

Prólogo.....	13
Preámbulo: Meciendo el viento	15
I. TRAZOS DE VIDA	
1. Muchacha	21
2. Presagios	27
3. La fea	31
4. Helio	39
5. Rocío	43
6. El séptimo	47
7. Mundo grande, mundo pequeño.....	51
8. La reina de Triana	55
9. Noches frías	59
10. Más que la música	63
11. Huracán	65
II. PAISAJES DE SOLEDAD	
12. El Jopa	73
13. El viejo caserón.....	77
14. El reloj de péndulo.....	81
15. El chico pájaro	85
16. Crueldad	89
17. La Cotra.....	93
18. Nací de una estrella	99
19. Y ahora qué.....	105
20. Una mirada de dolor	109
21. Las ratas	113

22. Infierno o cielo	117
23. Los sonidos de la soledad	121
24. Sinfonía de beeps	125
25. Un viaje a la vida	129

III. AMORES DIFERENTES

26. Orgullo.....	133
27. Crisálida	139
28. Amar algo imposible	145
29. La venganza.....	153
30. Solo un rato de vida.....	159
31. Confesión	161
32. Otra oportunidad.com	165
33. Valentina	171
34. Nocturnos	175
35. El amante nocturno	179
36. Deudas.....	185

IV. FANTASÍAS Y SUEÑOS

37. Justicia nocturna	197
38. Una paradoja del tiempo.....	201
39. Eva	207
40. Utopía	213
Epílogo: Despertar	219
Agradecimientos.....	221

PRÓLOGO

Existe hoy una clara tendencia en literatura a abandonar la narración densa, descriptiva, llena de matices, por otra elaborada como con urgencia: frases breves, directas, ideas sobreentendidas, información más que descripción.

No es este, por fortuna, el caso de Rafael González Millán y la colección de relatos que el lector tiene en sus manos. A Rafael le posee la idea de que la literatura está hecha para crear palabras, no solo mundos. Fue primero la palabra y después vino todo lo demás. Y así, leer sus cuentos es revivir gozosamente ese inmaculado tiempo en que los escritores todavía creíamos en las capacidades de la literatura para contar, con todos los detalles precisos, con el deleite de un buen narrador, una historia emocionante a la luz de una hoguera.

No es que nuestro autor desdeñe la fantasía, que el lector va a encontrar también, en apropiadas dosis, en estas narraciones. No hablo de literatura mal llamada “realista”, sino de la literatura de siempre, que se atreve con cualquier clase de tema, porque, parafraseando a Tertuliano, ningún tema humano le es ajeno. En este sentido la fábula del cuento titulado “Helio”, por ejemplo, desliza lo fantástico sin esfuerzo, con la suavidad de los buenos fabuladores, mientras que en “El chico pájaro”, otra excelente muestra de la sutileza del autor, fantasía y realidad caminan juntas por un sendero inmortal.

Y con la fantasía, el lector podrá encontrar —y disfrutar—un amplio mundo de géneros donde nada se descarta: terror, misterio, costumbrismo, erotismo... Porque, con la potencia de la narración de Rafael González, esa herramienta sólida y versátil, cualquier tema puede ser abordado sin prevenciones, cualquier incredulidad puede ser suspendida envueltos como estamos en esas líneas largas que traza Rafael.

Son cuentos, pues, de la literatura de siempre. Podrían haber deleitado a un Horacio Quiroga, igual que a un lector actual. Pertenecen a ese mundo intemporal de la palabra que sigue poseyendo el poder transformador, gozoso, embriagador de los dioses, ese poder que, como toda brujería, nunca desaparece, solo duerme.

Rafael González ha despertado ese poder para nosotros.
José Carlos Somoza, mayo 2019

PREÁMBULO: MECIENDO EL VIENTO

Mecido por otros aires, siempre fui el viento del Sur que soplaba hacia el Norte, sin poder colarme nunca por entre sus gélidas cabelleras. Regresando siempre sumiso a la calidez de los paisajes que tanto gustaba saborear.

El día se desperezaba con mi aliento fresco, sacudiendo las gotas de rocío que se aferraban a plantas y flores. Y tan pronto se asomaba el sol, mis temblorosas manos echaban a volar millones de mariposas doradas que inundaban de luz un amanecer lleno de color y fragancias. Era cuando un lienzo se pintaba de verde a uno y otro lado de la ribera, mostrando los sueños de una vida que conspiraba durante la noche.

En esos amaneceres, me inflaba, hacía quiebros y me elevaba para admirar y tocar tanta belleza e inocencia. Tras un horizonte perfilado de infinito, podía entrever los sueños de los hombres, ocultos a espaldas de un mar sembrado de esmeraldas.

En sus orillas, jugaba a soplar sobre la arena para borrar una y otra vez todo lo que parecía ser efímero. Me colaba por entre las rendijas de la vieja barca volcada y olvidada en la playa. En su oculta ancianidad, mi ulular guardaba las voces de las olas que derrotaban al silencio.

El gran río bajaba lenta y majestuosamente desde parajes y mundos desconocidos. Siempre intenté volar muy lejos para descubrir sus secretos y grandeza, pero su imagen manchada por la miseria y mediocridad de los hombres me transformaban en una neblina lacrimosa. Sin embargo, nadie le quitaría su historia milenaria, donde los barcos henchidos de grandes hombres eran empujados a los confines de la Tierra con velas preñadas por mi deambular errante.

A la derecha, los pinares bien disciplinados ocupaban todos los territorios. Yo jugaba enredándome en sus ramas hasta provocar sus palmoteos, y me escapaba corriendo sin hacer caso a sus lamentos. Les traía un mar de dunas frescas que los aprisionaban para luego liberarlos con vida. También acompañaba a las aves en su vuelo alegre y despreocupado, y a los demás animales en sus carreras por lugares ubérrimos y vírgenes de maldición humana.

Nunca quise transportar las fragancias de plantas y flores, sino que me confundía con ellas para ser su propia esencia.

Un ciervo hierático oteaba las marismas mientras su manada brincaba despreocupada. En aquellos territorios donde la vida brotaba sin fin, pareciera que no había lugar para la muerte. Pero ni toda la fuerza de mi soplo era suficiente para frenar las balas asesinas que quebraban la armonía de la vida.

A la izquierda, casas tan blancas que sólo eran manchadas por macetas de vívidas flores. Yo jugaba con llevar y traer las risas de mujeres y niños. Me subía hasta la torre del homenaje del castillo para lanzarme hasta los campos verdes de vid y refrescar las espaldas encorvadas de los hombres.

Sin la frescura que yo derramaba por los ventanales de las grandes bodegas, el vino no habría emborrachado las penas de tantas generaciones.

Antes era más libre para saltar desde el mar recorriendo viñedos y huertos. Ahora casi me han encerrado en las orillas, demasiadas barreras me obligan a driblar una y otra vez tantas casas y edificios. Siento que huelo de otra manera, antes llevaba conmigo la esencia de las flores y plantas, hoy otros olores me confunden y no sé hacia dónde volar. Intento derribar egoístas eucaliptos y sólo provoco las risas estridentes de sus ramas y hojas y sé que en sus reinos no habrá piedad para otras vidas.

Cuando llega la noche, me calmo y me cobijo en la vieja barca que duerme en la eternidad. De nuevo oigo las olvidadas voces de las olas y sé que el mar se oscurece con las últimas llamas. En esa commovedora quietud, observo por entre las rendijas de las

maderas un cielo claro tapizado de estrellas. Otros vientos empujan cruelmente negros nubarrones para privarme de luz, y es entonces cuando sueño con volar más alto que ninguno de ellos: para ver de nuevo el mar de esmeralda, remover el frondoso cabello de los pinos y confundirme con los parajes llenos de vida, para encenderme con la blancura cegadora de las casas y robar las risas de la boca de un niño, que meidas por mí cruzarán la realidad para alimentar los ensueños.

Viento del Sur, mecido por otros vientos, meciendo otros vientos, para traerte a ti al refugio de la esencia, donde todo renace de nuevo.

I
TRAZOS DE VIDA

1. MUCHACHA

Nunca olvidaría aquel diente de oro en una boca renegrida, tampoco su mirada cruel y el gesto de triunfo mientras se la llevaba.

Se había recogido la fruta y el viento de otoño soplabía entre los árboles pelados que se erguían orgullosos junto al viñedo. En ese momento, el chico se dio cuenta que ante él se extendía un territorio que agonizaba y exhalaba las últimas luces del día.

La vendimia había acabado y las vides se mostraban desoladas, mientras perdían las últimas huellas de una cabellera frondosa y verde.

El chico prefería retener la imagen de unas suaves lomas perfiladas con miles de líneas verdes llenas de vida, que se perdían en un horizonte de azul intenso, tras el cual, el cielo y el mar se fundían para hacerle soñar con territorios de esperanza.

Él prefería recordar una algarabía de hombres y mujeres curvados para cortar la uva, llenando el aire de risas y voces que iban y venían según el capricho de los vientos del sur.

Ahora, ante él, ya nada era igual. Se daba cuenta de que todo nacía y moría. El viento era fuerte, la voz de los árboles era mucho más débil y las vides se habían quedado mudas. Sólo las hojas que chocaban contra sus piernas le hacían recordar que hubo un tiempo donde la vida desprendía más alegría.

En ese paisaje moribundo, el chico se fijó en su padre, que se afanaba en salvar los restos aprovechables de la vendimia y en preparar las faenas que deberían realizarse cuando todo hubiese acabado para recibir el invierno.

Su padre nunca se cansaba, parecía que había nacido de la tierra para volver a ella. Hacía viento pero nunca perdía su sombrero mascota, era una extensión de su cabeza. No era alto pero, a diferencia de los demás jornaleros, siempre iba erguido, como el árbol más duro. Al chico le gustaba fijarse en sus manos: eran fuertes y

rotundas, capaces de domar al campo y de romper cualquier mal que se cerniera sobre su vida.

De pronto, un sonido más ronco que el viento hizo que el chico dejara la contemplación: era un rebuzno triste de Muchacha. Se trataba del asno que siempre había estado presente en la familia. De hecho, el chico la recordaba hasta donde alcanzaba la memoria de su corta vida y toda su ilusión fue siempre que su padre lo llevara al campo sobre su lomo, hasta conseguir un día montarla solo.

Si había algo de Muchacha que al chico le impresionaba eran sus ojos: oscuros y grandes, con enormes pupilas que escrutaban la noche. Le parecía que eran ojos de gran tristeza y él la sentía como propia. Desde muy pronto la mirada del chico y la de Muchacha se hicieron cómplices. Ella no era solo un asno, expresaba mejor que nada la existencia de tanta y tanta gente que el chico veía por los campos o en sus quehaceres por el pueblo: toda una vida de esfuerzo, silencio y docilidad. Muchacha le enseñó mejor que nadie la necesidad de soñar y combatir con fuerza para alcanzar sus sueños.

Una de las cosas que más le preocupaba al chico era su convicción de que Muchacha nunca había conocido el amor de otro asno, por eso creía que era la causa de la gran tristeza que reflejaban sus ojos. Ni su amor de niño ni el del resto de la familia eran suficientes para despertar destellos de alegría en su mirada.

En aquel día de contemplación, la tristeza fue mayor en el chico. Él sabía que la vida de Muchacha en la familia había llegado a su fin. Antes del comienzo de la vendimia, no había podido evitar oír a su padre contar a su madre que ya había apalabrado con unos gitanos la venta de Muchacha para que sirviera de alimento en el zoo más cercano. Muchacha estaba en el límite de sus fuerzas y difícilmente podría acarrear todas las espaldas de uvas durante los días de recolección de ese año.

El chico no pudo dormir durante toda aquella noche. Su edad ya le permitía comprender que Muchacha tenía la función primordial de ayudar en las faenas del campo y no era una mascota. Aun

así, él sintió que algo se le desgarraba por dentro, que algo suyo perdería para siempre.

En aquella tarde de inicios del otoño, con el campo desolado, le dedicó a Muchacha la mirada más profunda de su vida, no hizo falta expresar palabras, la mirada le dijo todo lo que la quería y recordaría mientras viviera. El chico estuvo seguro de que Muchacha lo había entendido todo, porque fue la primera vez que él recordaba haber visto en sus ojos destellos de gratitud.

Y llegó aquel día fatídico. Todavía no había salido de casa para ir al colegio, cuando unos hombres de negro abrieron la puerta trasera de una gran furgoneta. Cogieron una soga muy grande y amarraron por el cuello a Muchacha. El asno rebuznaba como si supiera que se avecinaba el sacrificio, solo cayó un segundo cuando su mirada se encontró con la del chico, él supo que le perdonó pero se desgarraba por dentro. Y aquel diente de oro, resplandeciendo en aquella boca renegrida, en un rostro duro y sin piedad, y unos ojos que buscaron los del chico para helarle el alma.

No pudo soportar tanto sufrimiento. Salió corriendo para refugiarse en una de las gruesas ramas de la acacia inclinada situada frente a su casa. Allí lloró y lloró por la primera gran pérdida que él siempre recordaría. No supo cuánto tiempo había estado así, los fuertes y acogedores brazos de su madre consiguieron arrancarlo del dolor para quedar embelesado con sus caricias y el olor de un cuerpo que jamás se desprendería de su piel. Solo su madre tenía la fórmula para calmarle y borrar la tristeza que le visitaría a lo largo de los años.

La familia volvió a tener otro asno. Era joven y fuerte pero de pelaje oscuro. El chico ni siquiera intentó conseguir una mínima complicidad con aquél, tampoco inventar un nombre, sólo Muchacha gozaría para siempre de ese privilegio.

Pasaron los años y los años y aquel chico tenía una vida muy diferente: ya no contemplaba aquellas suaves lomas perfiladas con las vides, tampoco aquel cielo que se fundía con el mar, ni era

despeinado por los vientos del sur. Ahora vivía en la ciudad, tenía una vida próspera que nada se parecía a la de su infancia.

Nunca olvidó su origen, podía evocar todos los paisajes y recordar a toda su gente amada. Y lo que nunca olvidó y sentía siempre presente era la mirada de Muchacha, que era la suya cuando miraba de frente a la vida: profunda, intensa y melancólica.



“Cada día, se desplazaba de una punta a otra del gran parque, siempre por las rutas en que las ramas de los árboles se tocaban, para que el chico pájaro ni siquiera tuviera la necesidad de saltar de una a otra, sino que bastaba con ir agarrándose. Se hizo invisible a las miradas de las personas. Solo algunos niños, desde sus vidas inocentes, conseguían atisbarlo de reojo, pero sus padres los regresaban inmediatamente a la realidad. Bueno, también estaba su amigo el mendigo, él sí le veía, pero callaba siempre, solo le dirigía una sonrisa cargada de tristeza y soledad cuando sus miradas eran cómplices de ver lo mismo”.

EL CHICO PÁJARO